



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

“SIMPLICITER INTRET ET ORET” **(RB 52,4)**

El seguimiento de Jesús en su amor a los hermanos y hermanas, hasta estar dispuestos a entregar la vida, no es el resultado de nuestro puro esfuerzo o de la decisión de nuestra voluntad. Ser fieles a este seguimiento va más allá de nuestra posibilidades. Pero “lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”. El seguimiento de Jesús se nos revela así como un don de Dios. Hablar de dicho seguimiento es hablar de disponernos a recibir y a crecer en este don. Es hablar de la dimensión contemplativa, y del camino de nuestra oración.

En la profundización que vamos haciendo de la Regla de san Benito, nos adentramos ahora por “los caminos de la oración”.

S. Gregorio, en el segundo libro de los Diálogos, nos presenta la vida de san Benito. Todo lo que el santo biógrafo le atribuye a Benito nace de su unión con Dios, que Benito expresaba y alimentaba con una oración continua. Desde el comienzo del libro san Gregorio nos habla de Benito con estas palabras: “Solo, bajo las miradas del celestial espectador, habitó consigo”, y lo explica con estas otras: “no apartaba los ojos de su espíritu de la luz de la contemplación” (Diál II,3).

Con otras frases describe todavía Gregorio la actitud contemplativa del joven Benito: unirse a Dios con toda su alma (Diál II,30), ser una sola cosa con el Señor (II,6), adherirse a Dios en espíritu (II,16). La visión del mundo en un rayo de luz da ocasión a Gregorio para explayarse sobre la oración de Benito: dilatado el espíritu del vidente,

arrebatado en Dios, dilatado en Dios, arrebatado fuera de sí, ensanchado en Dios (II,35).

Todo esto no era esporádico; san Benito solía orar así. Tampoco puede sorprendernos verle ocupado en la lectio divina (II,31), cuya importancia recomienda él en la Regla (RB 48) y que le era fuente de oración y oración ella misma. Las notas características de esta oración personal y privada eran, como lo indican los diversos contextos, las mismas que él desea después para la oración de los monjes: “secreta, simple, sin voces, con lágrimas y fervor de corazón” (RB 52).

Este orante que era Benito, al escribir una Regla para los principiantes, ordena y dispone la oración sin que por otra parte, se alargue en ideas sobre la misma. Podemos decir que la Regla nos habla mucho y nos habla poco de la oración. Hay una serie de capítulos dedicados a establecer el ritmo y el orden del oficio divino (RB 8-18); otros dos nos insinúan las disposiciones interiores necesarias para una buena oración (RB 19 y 20); otro capítulo habla del oratorio del monasterio (RB 52). Pero no todo lo que dice san Benito sobre la oración se encuentra en estos textos que podríamos llamar mayores. A lo largo de la Regla hay muchas pequeñas referencias (RB Pról 4; 4,56-57; 27,4; 28,4; 35,15; 43,13.17; 49,4-5; 53,4.8; 58,23; 67,1-3; etc). Casi siempre son exhortaciones a la práctica de la oración, más que exposición de una doctrina espiritual, entre otras cosas porque una Regla no es fundamentalmente un tratado monástico.

Todo ello nos convence de que la vida del monje estaba jalonada por una práctica constante de oración, cosa en absoluto sorprendente en personas que vivían en una domus Dei, en la cual hasta las herramientas y los enseres eran considerados como vasos sagrados del altar (RB 31,10).

El alma de Benito estaba, como diría Casiano, inflamada, y por esto brotaba de ella una plegaria ardiente, de fuego, abrasadora. Pero como heredero de la plegaria cristiana primitiva, su expresión era tranquila, serena, profunda y respetuosa; en el terreno de la vida espiritual debía aplicarse a sí mismo y a cada monje aquello que pide a los sacerdotes del monasterio: que avancen más y más en el Señor (RB

62,4), pero a su paso, cada cual según sus dones y las posibilidades recibidas.

Sabemos que la escuela del servicio de Señor es escuela de oración, y san Benito es en ello un maestro. Si la misión del maestro es ayudar a ser, más que aplicar cosas, ser maestro de oración querrá decir más que enseñar a orar, disponer el corazón del discípulo para que sea capaz de acoger la enseñanza, la gracia que el Espíritu despertará en su corazón. El Espíritu es en realidad el Maestro de la oración. También hay que decir que cuando san Benito expresa su idea de establecer una escuela del servicio del Señor (RB Prol 45), se refiere a toda la vida del monje; aunque el opus Dei tenga una importancia particular.

¿El monje es monje porque reza el oficio divino, o bien reza el oficio divino porque es monje?; con otras palabras: ¿es constituido monje por el oficio divino, o éste es sólo expresión de lo que el monje es?

Cuando san Benito dice lo que pide al candidato, sólo establece “si busca a Dios de verdad” (RB 58,7); las otras cosas: oficio divino, obediencia, oprobios, para las cuales pide un celo, son unas maneras de detallar y de detectar si la búsqueda de Dios es o no verdadera. A estas tres condiciones corresponden los capítulos sobre el oficio divino, sobre la obediencia y sobre la humildad. La conducta del monje en estos tres campos será un indicio del grado de seriedad de su búsqueda de Dios. En esta búsqueda no pueden darse cambios, ni compromisos, ni arreglos, cosas que pueden darse en la ordenación del oficio divino.

Alguien ha dicho del monje que es “un simple cristiano, un discípulo de Cristo que busca traducir en actos, solo o con otros, aquello de orar sin cesar” (D. De Vogüé). Este precepto evangélico constituyó muy pronto un ideal entre los primeros ascetas en lo que llamaron la “oración continua”. San Agustín entendió este ideal dándole este sentido: “En la fe, en la esperanza y en la caridad, es por el deseo continuado que oramos sin cesar”.

San Agustín era un hombre devorado por el deseo de Dios. Según él, el tiempo de ahora es el tiempo del deseo, como

será el de la posesión la eternidad; por eso puede decir sin titubeos que “la vida entera de un buen cristiano es un santo deseo”: La pedagogía de Dios procura fomentar en nosotros este deseo: “Dios retiene aquello que no quiere darnos enseguida, para que aprendas a desear intensamente las grandes cosas”, porque “el alma se ensancha con el deseo de aquello que busca”. Todo nace del amor: “Como el amor de aquí no puede saciar, engendra el deseo”.

Este deseo se le traduce espontáneamente en oración. ¿Cuándo se adormece la oración? Cuando se enfría el deseo. Deseemos por lo tanto sin cesar; deseemos siempre recibir de Dios esta vida bienaventurada, para poder orar así continuamente.

Orar no debería ser ningún problema para el monje. Si quiere orar con más recogimiento, dice san Benito al hablar del oratorio, que entre “sencillamente” (simpliciter) y que ore (RB 52,4). Esta simplicidad desarma nuestra complicación y quizás decepciona nuestro sentido de la importancia. San Benito no nos habla de métodos, ni hace de la oración una gesta heroica: simpliciter intret et oret. San Benito es consciente de que no puede enseñar a orar, y se contenta con lo que puede hacer: disponer el corazón a acoger la enseñanza del Espíritu, que es realmente el Maestro de la oración (RB 7,70; 20,4). La oración es un don porque es expresión de la fe y del amor, que son también dones. La oración es respuesta agradecida de un corazón que se sabe lleno del don de Dios.

Por esta razón, la pregunta: ¿Cómo he de orar? no tiene mucho sentido si entendemos la oración como la fe que habla. Lo que interesa a san Benito es la vida del monje, que el monje viva de veras. Su respuesta a la pregunta sobre la manera de orar sería: “¡Vive, y orarás! ¡Sé lo que has de ser, y orarás!”.

Lo que preocupa a san Benito es la identidad del monje, que sea realmente lo que tiene que ser (RB 1,7). Esta insistencia en que todo sea lo que debe ser es un aspecto del espíritu de san Benito. El oratorio ha de ser lo que dice su nombre (RB 52,1); el abad ha de cumplir con hechos el nombre de superior (RB 21,1.11); precisamente porque hace

las veces de Cristo se le llama con su mismo nombre (RB 2,2-3). Que nadie desee que le llaman santo antes de serlo, para que se le pueda llamar con verdad (RB 4,62). Si el monje es de verdad alguien que busca a Dios, la oración no le va ser ningún problema. Si vive en realidad, Dios le estará presente, y él le responderá. La escuela del divino servicio es escuela de la vida, como lo es también el Evangelio: aprender a vivir para poder vivir. No puede extrañar la frecuencia con que san Benito habla de la vida eterna, “la verdadera y perfecta vida”, de la cual “el Señor, en su bondad nos muestra el camino” (RB Pról 17.20). El dinamismo interior de un monje, todo abrasado de celo, todo él en ebullición, un ser movido por el amor a vivir, va encaminado a la vida eterna, cuyo augurio, hecho de deseo y de esperanza, cierra la redacción de la Regla (RB 72,12).

Pero esta insistencia no esconde la realidad de la vida presente, que es la escalera por donde nos es necesario subir hasta el cielo (RB 7,8-9). La vida de ahora tiene una importancia capital. La búsqueda de Dios, con sus expresiones típicas de la solicitud por la oración, por la obediencia y por la paciencia, se manifiesta en esta vida, en las circunstancias pequeñas o grandes de cada día. La atención al momento presente ahorrará al monje nostalgias y sueños, que no sería otra cosa que escapadas hacia el pasado o hacia el futuro; nostálgico o soñador, se encerraría en sí mismo y se cerraría a la riqueza del momento presente impidiendo así la acción del Espíritu en él. La atención al momento presente, hecho todo él de realidad humana y de misterio de fe, apartará al monje de la distracción y le convertirá en hombre capaz de orar. Si la oración puede ser descrita como la respuesta del hombre a la conciencia que tiene de la realidad de Dios en Dios mismo, en los demás (hombres, hechos, cosas) y en el propio corazón, vivir será para el monje orar, por la sencilla razón de que según san Benito vivir es ver a Dios en todas partes.

¡Vive, y orarás! Si la constancia en el deseo hace posible la oración continua, y si la vida del monje es un deseo continuado, porque toda la vida del cristiano es un santo deseo, el monje, viviendo, hará real el antiguo anhelo de los padres. Sin artificios, sin magias, sin cadenas de hierro (cf. Diál III,16), su vida será toda ella una oración, una respuesta

dada de mil maneras distintas, en mil tonos diversos, a la realidad de una presencia constante de Dios (cf. RB 19,1).

¡Vive, y orarás! La densidad y la calidad de la oración traducen la densidad y la calidad de la vida. Siguiendo el Evangelio san Benito recuerda que el camino que lleva a la vida tiene unos comienzos estrechos (RB Pról 48; 58,8); la oración sigue un mismo proceso: puede ser fatigosa, aburrida, tarea de la cual no hemos de espantarnos; ni debemos abandonar, llenos de terror, el camino de la salvación, por estrecho que sea en sus comienzos (cf. RB Pról 48), porque “a la larga se corre con una inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios” (RB Pról 49).

Dilatado corde añade san Benito, que se traduce por a pleno corazón, o bien con el corazón dilatado. Esta expresión manifiesta la naturalidad, el gozo, la sencillez, con que uno puede llegar a vivir. La dilatatio es una gracia del Señor. Un corazón ensanchado es un corazón que respira, es una vida que vive, es un ser que no encuentra impedimentos para ser. Esta vida es la que san Benito promete a los que son fieles en momentos difíciles. Y de esta vida nace la oración.

Terminamos con este texto de Juan Casiano: Abba Teodoro, cuando los hermanos le pedían que les explicase el sentido de las Escrituras, decía: “el monje que desee llegar al conocimiento de las Escrituras nunca debe ocupar sus afanes en los libros de los comentaristas, antes bien fijar toda la actividad de su mente y toda la intención de su corazón en la purificación de los vicios carnales. Una vez librado de estos, enseguida los ojos del corazón, quitado el velo de las pasiones, contemplan naturalmente el misterio de las Escrituras, ya que la gracia del Espíritu Santo no nos las ha comunicado para que nos resulten desconocidas u oscuras sino que nos resultan oscuras por nuestra culpa; es el velo de los pecados que enturbia los ojos del corazón.

Si curamos nuestros ojos, la lectura de las Escrituras santas bastará, de sobra, para la contemplación de la verdadera sabiduría” (Inst V,34).

Aplicando estas palabras a la oración, veremos que orar no puede ser una actitud difícil, rara u oscura; es la falta de

vida profunda lo que nos la vuelve difícil. Los métodos no suplen la vida; la vida puede pasarse de los métodos. San Benito en los Diálogos de san Gregorio es el hombre de Dios que vive intensamente y por esto mismo es hombre de oración. Cuando escribe la Regla explica lo que él hace. “Simplemente entre y ore” ¡Vive, y orarás¡.

Nota: para el tema me he servido de la reflexión que hace Miguel Estradé en su libro Fuit Vir, Ed Monte Casino.

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- *Lectura y reflexión personal principalmente de los capítulos 20 y 52 de la RB.*
- *Lectura y reflexión personal de los apuntes dados en Huerta.*

Para profundizar en la reflexión personal pueden servir estas “pistas”:

- *¿Cuál es el estado actual de mi vida de oración?*
 - *“Breve”, “pura”, “humilde”, “con lágrimas de compunción”, “confiada”, “sencilla”, son las características principales que san Benito le aplica a la oración. ¿Cómo vitalizar o enriquecer mi oración a la luz de las mismas.*
 - *El autor repite con frecuencia: “¡Vive, y orarás¡”; esta afirmación me parece...*
 - *¿Qué “curación necesitan mis ojos para alcanzar la contemplación de la verdadera sabiduría”?*
-
- *Compartir en el grupo lo que me ha enriquecido del tema.*